

# EDITORIAL

## Juan Pablo II, testigo de esperanza

**E**l objetivo de Vittorio Messori para su entrevista televisiva con Juan Pablo II, (que, al no poderse realizar, daría origen al libro *Cruzando el umbral de la esperanza*) era claro: interrogar al Papa acerca de las cuestiones fundamentales, las que de verdad interesan al hombre, a cualquier hombre: ¿existe Dios? ¿por qué el mal? ¿realmente Dios se ha encarnado en Cristo? ¿tiene la Iglesia la verdad? Cuestiones que en no pocos medios eclesiales se soslayan, para perderse en disquisiciones acerca del modo de organizarse en la Iglesia, del modo de resolver los problemas sociológicos y económicos, de cómo conjugar las diferencias de matiz político o ideológico entre este o aquel grupo... o en la discusión de problemas morales en sí importantes, pero que no pueden resolverse si no es a partir de convicciones profundas que es necesario fundamentar con claridad y solidez.

Juan Pablo II responde a estas cuestiones fundamentales en primera persona, pues a ellas no se puede responder con discursos teóricos, sino con testimonios de vida. La experiencia y la historia de Juan Pablo II se presentan así como respuesta para cualquier hombre. De ahí que el libro sea a la vez autobiográfico y sapiencial. Se trata de las convicciones que han forjado una vida, la vida de quien por designio de la Providencia ha sido llamado a ser Vicario de Cristo. Y estas convicciones no pueden ser sino las de un hombre de fe: *Al finalizar este segundo milenio tenemos quizá más que nunca necesidad de estas palabras de Cristo resucitado: «No tengáis miedo» (...). Tienen necesidad los pueblos y las naciones del mundo entero. Es necesario que en su conciencia resurja con fuerza la certeza de que existe Alguien que tiene en sus manos el destino de este mundo que pasa: Alguien*

*que tiene las llaves de la muerte y de los infiernos; Alguien que es el Alfa y la Omega de la historia del hombre, sea la individual como la colectiva. Y este Alguien es Amor: Amor hecho hombre, Amor crucificado y resucitado, Amor continuamente presente entre los hombres.*

Juan Pablo II da respuesta sobre todo al occidente secularizado, a la cultura que desde hace más de dos siglos ha vuelto las espaldas a la fe y a la esperanza sobrenaturales para construirse una fe ciega en la razón y una esperanza centrada únicamente en el futuro temporal, histórico. Una fe y una esperanza que la historia se está encargando de frustrar. La caída del comunismo ha sido el fracaso más estrepitoso de una fe irracional en el poder de la sola razón y de una esperanza utópica en construir el cielo sobre la tierra. ¿Qué esperanza le queda ahora al hombre descristianizado? El «nuevo orden mundial» saludado con entusiasmo por algunos, se muestra impotente para solucionar los nuevos y sangrientos conflictos que surgen en esta o en aquella parte del mundo; la fe en la razón esta dando paso a un cómodo agnosticismo teórico y a un relativismo moral que, aun disfrazado de tolerancia y democracia, no es capaz de ofrecer convicciones sólidas y profundas que fundamenten una convivencia pacífica y respetuosa. Peor todavía, algunos propagan un catastrofismo apocalíptico en sus previsiones para el futuro de la humanidad, que luego les sirve de excusa para promover campañas de control demográfico basadas en métodos nada respetuosos de la dignidad humana, y que en último término no hacen sino favorecer los intereses de las grandes potencias y de los grupos económicos y políticos que las dominan. En estas circunstancias concretas, Juan Pablo II proclama la esperanza cristiana. Es la proclamación de una salvación que culmina en una eternidad feliz con Dios, compartiendo la vida divina; una salvación que además comienza ya en esta vida, en el tiempo y en la historia cambiando, regenerando y elevando los corazones de los

hombres, y ofreciendo así la única posibilidad realista de alcanzar un futuro mejor también aquí en la tierra. En este punto se detendrá especialmente el *Cardenal Pio Laghi* en su presentación del libro de Juan Pablo II.

El Reino de Dios ya ha comenzado porque Dios ha entrado en la historia, se ha hecho cercano a los hombres, quizá «demasiado», como se atreve a decir («ut minus sapiens», según él) el mismo Juan Pablo II. Es el escándalo del Hijo de Dios hecho hombre, del Verbo hecho carne. Inaceptable para el deísmo iluminista, que proclama un Dios totalmente indiferente a la suerte de sus creaturas; escandaloso también para las otras grandes religiones monoteístas; pero punto esencial e irrenunciable del mensaje cristiano. Hoy en día, entre los cristianos afectados por el secularismo iluminista, se insinúa la tentación de poner en duda los hechos de nuestra redención, por lo que tienen de extraordinario y milagroso. Se dice que hay que hacer caso principalmente al sentido de los relatos evangélicos y no tanto a los hechos, cuya realidad histórica se minimiza o se niega. ¿Pero de qué sirve un sentido sin hechos que lo demuestren? ¿cómo podemos creer en el amor de Dios hacia el hombre, si no creemos en los hechos que lo realizan y lo prueban? Juan Pablo II es el portador de la fe de Pedro, la fe de los testigos oculares que ha sido transmitida hasta nuestros días, la fe apostólica: *¡No tengáis miedo de Dios que se ha hecho hombre! Esto es lo que Pedro dijo junto a Cesarea de Filipo: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»*. El artículo de *Jorge Rodríguez* se centrará en este punto esencial de nuestra fe: de hecho el Verbo se ha hecho carne y ha padecido, muerto y resucitado para mostrarnos y hacernos partícipes del Amor del Padre. Los Evangelios, analizados sin prejuicios racionalistas pero también sin integrismos ingenuos, dan testimonio de ello; como dan testimonio de ello la Iglesia con su viva tradición y el Papa, portador de la fe de Pedro.

La esperanza cristiana, como hemos dicho, abarca también el futuro histórico de la humanidad, y no sólo su consumación escatológica. Pero no es posible tener esperanza en el futuro sin tener esperanza en los jóvenes. Juan Pablo II ha llamado a los jóvenes «su esperanza», «la esperanza de la Iglesia». Los jóvenes esperan de la Iglesia certezas, pero no en forma de frío razonamiento, sino en forma de testimonio de plenitud humana, por parte de personas que vivan sinceramente su fe y que al mismo tiempo sepan transmitirla en una relación de verdadera amistad. *Mons. Renato Boccardo* analiza finamente las condiciones dichas para la transmisión de la fe, y muestra cómo se verifican en la relación entre el Papa y los jóvenes.

Un punto especialmente íntimo en la vida espiritual del Papa es su devoción a María: «Totus tuus» es su lema, que expresa una consagración total en sus manos. Pero para Juan Pablo II, la acción maternal de María desborda el ámbito de la intimidad personal y se extiende también a la historia. *Cristo vencerá por medio de Ella, porque Él quiere que las victorias de la Iglesia en el mundo contemporáneo y en el mundo del futuro estén unidas a Ella*, afirma sin ambages en su libro. El desarrollo de cuanto entraña el lema «Totus Tuus», que incluye la confianza en María como signo y fuente de esperanza, es el objeto del artículo de *Florián Rodero*.

*Cruzando el umbral de la esperanza* no es sólo un libro-entrevista sobre la persona y el pensamiento de un Papa, lo cual en sí ya es importante; es además un «vademezum» para el cristiano de nuestra época, que se apresta a entrar en el tercer milenio, habiendo recibido la herencia de una fe que es vida, siempre combatida y siempre renovadamente joven y vigorosa, pues es la fe en Dios hecho hombre y es la vida que viene de Él. Este número de *Ecclesia* desea ser un homenaje de gratitud a Juan

Pablo II por su testimonio de fe y esperanza y al mismo tiempo un compromiso de seguimiento fiel.

**Ecclesia**

